

este día de la resurrección del Salvador, y el de su ascension, trascurrió, según dice San Lucas en los Actos de los apóstoles, un espacio de cuarenta días, de que dicen muy poco San Mateo, San Marcos y San Lucas; pero San Juan habla más; y para que no se diga que San Marcos no sabía nada de las apariciones que se verificaron en Galilea, quiso la sabiduría de Dios que en su Evangelio advirtiese el ángel del sepulcro á los discípulos, por medio de las santas mugeres, que fuesen á Galilea. Los evangelistas suelen pasar de un suceso á otro, inadvertidos, por decirlo así; pero si se comparan sus narraciones, resulta un conjunto bien ordenado y completo. Así se ve en muchos libros del Antiguo Testamento. Los dos últimos de los Reyes, y los del Paralipómenon, se apoyan y completan recíprocamente, y muchas veces también con los pasajes históricos de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Cada profeta tiene su modo particular de escribir, que no puede ocultarse al lector atento é inteligentè. Este saca una satisfacción más viva de los Evangelios, y su concordancia, que no ocurre al lector superficial, y de que no hicieron mucho caso los Evangelistas, viene á ser más evidente para aquel.

Ya había dicho nuestro Salvador á sus discípulos antes de morir: “Después que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea.” El día de su resurrección encargó á las santas mugeres, por el intermedio de un ángel, que previniesen á los discípulos que fueran á Galilea, y

él mismo repitió este encargo cuando se apareció á aquellos; pero su amor no se contentó con el cumplimiento de lo que había prometido. Dios cumple siempre lo que promete; pero á veces hace más. Jesucristo se apareció á sus discípulos la noche misma del día de su resurrección, según acabamos de ver, y probablemente les encomendó que permaneciesen aún en Jerusalem toda la fiesta de pascua, y aun más, pues que según veremos, se les apareció de nuevo en dicha ciudad, de allí á ocho días, antes que le hubiesen visto muchas veces en Galilea.

CAPITULO VIII.

JESUS SE APARECE DE NUEVO Y CONFUNDE LA
INCREULIDAD DE TOMAS.

“Y Tomás, uno de los doce, que se llama Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesus. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor; mas él les respondió: Si yo no viere la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en el agujero de los clavos, y mi mano en su costado, no creeré. Y de allí á ocho días, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Vino Jesus estando cerradas las puertas, y se puso en medio y dijo: La paz con vosotros. Después dice á Tomás: Mete tu dedo aquí, y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío. Jesus le dijo: Tomás, porque me has vis-

to has creído: dichosos los que no vieron y creyeron (*). (San Juan, XX, 24 á 29)."

Es de extrañar la incredulidad de este apóstol, que después de no haber querido dar fé á la relacion de las santas mugeres, á ejemplo de los otros apóstoles, no creyó ni aun á sus condiscípulos, los cuales, incrédulos al principio como él, le decían entonces con seguridad: *Hemos visto al Señor*. La sabiduría misericordiosa de Dios, permite á veces, que las faltas de sus hijos, cuando se expian con un arrepentimiento verdadero, sean provechosas, no solo á ellos sino á otros. ¡Con qué profunda humildad, y con qué abrasado amor exclamaria el dichoso discípulo: *¡Señor mío y Dios mío!* Y si la tenaz incredulidad de los discípulos, que los evangelistas declaran á menudo, da una fuerza irresistible á sus testimonios; ¿qué peso no debe darles la incredulidad de

(*) Estos son todos aquellos que después de la ascension de Jesucristo, han creído en la verdad de la resurreccion, con la misma certeza que si lo hubieran visto todo con sus ojos, y tocado con sus manos. Aquí el positivo *beati* está puesto por el comparativo, como si dijera: Aunque Tomás es dichoso por haber últimamente creído, pero serán mas dichosos los que sin haberme visto, creerán en mí; porque no será la necesidad y evidencia, sino la fé, la que los obligue á confesarme y reconocermé. Sin embargo de esto, Tomás en esta ocasion hace un acto heróico de fé, porque viendo y palpando la humanidad del Señor, confiesa y publica su divinidad, que no ve, y admirado exclama: *¡O Señor mío y Dios mío!* ¡O qué grande y poderoso sois! pues teneis poder para salir vivo del sepulcro, y esto no puede ser sino obra de un poder divino. La incredulidad de Tomás contribuye para desterrarla de nuestros corazones. (Nota del Illmo. Scio al cap. XX de San Juan).

Tomás? Del mismo modo que Moises, por quien fué dada la ley, hizo brotar agua del peñasco con su vara, así Jesucristo, por quien vinieron la gracia y la verdad, convirtió aquellos hombres incrédulos en confesores ardientes de su santo nombre, é hizo correr por ellos el manantial vivificante sobre las naciones.

¡Cuán afectuosa es la prediccion del Señor á su discípulo! Y ¡qué palabras de salvacion pronunció para nosotros, si es que somos del número de aquellos bienaventurados que no le ven ahora, pero que creen y esperan en él y le aman de todo corazon!

San Juan continúa así (Cap. XX, v. 30 y 31):

"Jesus hizo otros muchos milagros, que no están escritos en este libro, en presencia de sus discípulos. Mas estos se han escrito para que creais que Jesus es el Cristo Hijo de Dios, y para que creyendo, tengais la vida en su nombre."

En su nombre, es decir, segun San Juan Crisóstomo, para que tengamos la vida eterna por sus méritos y su gracia. La circunstancia de estar las puertas cerradas, que se habia notado ya en la primera aparicion de Jesucristo, y que se vuelve á repetir aquí, no debe explicarse en el sentido de que Jesus se les apareció á una hora adelantada de la noche, segun entendieron Calvino y algunos sábios siguiendo á éste, ni tampoco, como opina Grocio, en una reunion secreta. Jesucristo se apareció de un modo milagroso; por eso habla San Juan de *otros muchos milagros* que aquel habia hecho.

CAPITULO IX.

APARICION DE JESUS A ORILLAS DEL MAR.—EL
SEÑOR ENCOMIENDA A PEDRO SUS CORDEROS
Y SUS OVEJAS.

“Y los once discípulos se fueron á Galilea, á la montaña donde Jesus les habia ordenado. (San Mateo, XXVIII, 16).”

San Mateo enlaza en su breve narracion, el viage de los discípulos á Galilea, con la relacion de una aparicion de Jesucristo en la montaña, á donde los habia convocado para manifestarse á ellos; y pasa en silencio una aparicion anterior de Jesucristo, que tambien habia hecho en Galilea mas de lo que habia prometido á sus discípulos, porque su amor los sorprendió en el lago de Tiberiades (que tambien se llama lago de Genezareth) antes que llegasen á la montaña. Véase cómo lo cuenta San Juan:

“Despues se manifestó Jesus otra vez á sus discípulos, á orillas del mar de Tiberiades, y se manifestó así: estaban juntos Simon Pedro y Tomás que se llama Didimo, y Natanael que era de Caná en Galilea, y los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos del Señor. Dícelles Simon Pedro: Voy á pescar. Y le dicen ellos: Nosotros tambien vamos contigo. Y salieron y subieron en una barca, y no cogieron nada (*) aquella noche. Mas

(*) Aunque la noche, por su quietud y silencio, ofrece mayor proporcion para la pesca, permitió el Señor que trabajasen inútilmente en toda

habiendo amanecido, apareció Jesus en la playa; sin embargo, los discípulos no conocieron que era Jesus.”

No nos dice el Evangelista si estaban fascinados sus ojos de modo que no le conocian, ó si se les apareció en otra figura.

“Díjoles, pues, Jesus: Hijos ¿no teneis alguna vianda (1)? Respondiéronle: No. Y él les dice: Echad la red á la derecha, y hallareis. La echaron, pues, y ya no podian sacarla por la muchedumbre de peces (*). Entonces dijo á Pedro aquel discípulo á quien Jesus amaba: Es el Señor. Habiendo oido Simon Pedro que era él Señor, se ciñó la túnica (porque estaba desnudo) (2), y se arrojó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca tirando la red llena de peces, porque no distaban

una noche, para que se descubriese mejor la grandeza del milagro. Los apóstoles, aun despues de su vocacion, continuaron en su primer ejercicio de pescar, porque en sí mismo era inocente, y nada incompatible con la pureza de sus costumbres que pedía su vocacion. Y así lo ejecutaron para ganar honestamente con que vivir, hasta que comenzaron la predicacion. San Mateo por el contrario, no volvió mas á ejercer su antiguo empleo, por ser en sí expuestos á pecados y fraudes. *San Agustin.* (Nota del Illmo. Scio al cap. XXI de San Juan).

(1) La palabra griega *prosphagion*, significa literalmente un plato intermedio: la Vulgata dice *pulmentarium*. Una y otra significan por lo comun, algo que se come con pan, como *opsem*, *opsarion* y *opsonium*. Todas estas palabras se usan las mas veces cuando se trata de pescados.

(*) Esta era una figura del grande número de almas que habian de convertir los apóstoles á la fé de Jesucristo. (*Idem idem*).

(2) El griego *gymnos* y el latin *nudus*, se emplean muchísimas veces para designar los que no llevan mas que el vestido de abajo. Así debería entenderse aquí, aun cuando no se dijese que se ciñó la túnica al redor

de tierra sino como unos doscientos codos. En cuanto desembarcaron, vieron la lumbre puesta y el pescado encima, y pan. Díceles Jesus: Traed de los peces que habeis cogido ahora. Subió Simon Pedro á la barca, y sacó á tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes, y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesus les dijo: Venid, comed. Y ninguno de los que estaban sentados, se atrevia á preguntarle: ¿Quién eres tú? sabiendo que era el Señor. Y fué Jesus y tomó pan y les dió, é igualmente peces.

“Esta fué la tercera vez que Jesus se manifestó á sus discípulos, despues de haber resucitado de entre los muertos. (San Juan, XXI, 1 á 14).”

En toda la noche, que es el tiempo mas favorable para la pesca, no habian cogido nada; y apenas les dijo el Señor que echasen la red, cogieron mas peces de los que podian esperar. Jesucristo les enseñó, y á nosotros en ellos, que no podemos nada sin él; pero que lo podemos todo con el auxilio de su gracia. Si no se rompió la red, fué efecto de otro milagro, que estampó un nuevo sello de verdad en el primero.

Juan conoció que el Señor era el que les habia dicho que echaran la red al otro lado: Pedro, arrojándose me-

(*tunica succinxit se*). El vestido de abajo cumple con la ley del pudor, pero no con la del respeto: Pedro debia el uno á sí y á los otros discípulos, y el otro á su divino maestro. La expresion griega *ependutes*, significa un vestido de encima, una túnica, por oposicion al vestido de abajo *npo dutes*. La túnica se sujetaba á la cintura con un ceñidor.

dio desnudo al mar, nadó hácia donde él estaba. ¡Cómo sigue aquí cada cual el impulso de su carácter! En el uno se ven la luz y la contemplacion silenciosa del amor: en el otro, la impetuosidad del amor, una hoguera ardiendo.

Mientras que los discípulos, entregados á sus faenas, echaban la red y la sacaban á tierra, Jesucristo habia proporcionado lumbre, peces y pan, por un efecto de su poder, para que aprendieran aquellos que Dios no necesita de nuestro trabajo. Cuando permite á los hombres que conduzcan su obra, es una gracia. Sin embargo, les permitió comer de los peces que habian cogido. ¡Cuán instructiva y afectuosa es esta conducta!

“Luego, pues, que hubieron comido, dice Jesus á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos? Dícele: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesus le dice: Apacienta mis corderos. Le dice segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Dícele: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesus le dice: Apacienta mis corderos. Le dice tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se contristó porque le dijo por tercera vez: ¿me amas? y le respondió: Señor, tú lo conoces todo: tú sabes que te amo. Dijole Jesus: Apacienta mis ovejas (*). En verdad, en verdad te digo, cuando eras mas

(*) Jesucristo pidió á Pedro tres protestaciones de su amor, para que reparase sus tres negaciones. Pero escarmentado con las caidas pasadas, cuando el Señor le pregunta si le ama mas que los otros, responde modestamente; y poniendo al Señor por testigo de su amor, da testimonio de su

jóven, te ceñías tú é ibas adonde querias (*); mas cuando fueres viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieres. Y esto lo dijo dando á entender, con qué muerte habia de glorificar á Dios. Y habiendo hablado así, le dice: Sígueme. (San Juan, XXI, 15 á 19)."

Pedro habia negado tres veces á su Señor, y Jesucristo le pregunta tres veces si le ama: el discípulo se contristó de esta pregunta reiterada. Esta leve penitencia le fué impuesta; mas *todo contribuye al bien de los que aman á Dios*, como dice el Apóstol (ad Rom., VIII, 28).

Con esta pregunta tres veces repetida, queria nuestro

propio corazon, sin querer entrar á ser juez de los otros. Se entristece la tercera vez que el Señor le hace la misma pregunta, temiendo con lo que ya otra vez le habia acaecido, que el Señor registrase en su corazon un amor mucho mas remiso de lo que á él le parecia. Jesucristo le encomienda el cuidado de apacentar el comun de los fieles, sin excepcion, figurados por las ovejas y por los corderos. Porque San Pedro fué establecido por estas palabras, cabeza universal de toda la Iglesia, y el pastor de todo el ganado. *San Bernard.* (Nota del Ilmo. Scio al cap. XXI de San Juan).

(*) El preguntar el Señor tres veces á San Pedro si le amaba, no fué porque desconfiaba de su amor, sino para manifestarle hasta qué punto le debia amar. Y en prueba de que estaba satisfecho de lo que le amaba, le significó que por amor suyo habia de morir crucificado como él. Dicele, pues, que en su juventud habia gozado de su libertad; pero que después le dejarían sin ella las fatigas de su ministerio, y que por último en su vejez *tenderia sus manos, y que otro le ceñiria*, esto es, le ataria con cuerdas, *y le llevaria adonde no quisiese*, esto es, á la muerte. En estas palabras declara el Señor la repugnancia natural que sentiria de abrazarse con ella, pero que la venceria, ayudado de su gracia y de su amor. (Idem idem).

Señor dar á su apóstol, la cabeza futura de la Iglesia, ocasion de manifestar su amor, y de confesar la divinidad de Jesucristo: Señor, tú lo conoces todo: tú sabes que te amo.

La pregunta del que lo sabe todo, dirigida á San Pedro, y junta á la gracia insigne que le concedió inmediatamente despues, á resultas de asegurarle en su respuesta, que le amaba, no nos deja duda de que San Pedro amó realmente al Hijo de Dios, mucho mas que ningun otro apóstol. Todos le amaban de lo íntimo de su corazon; y las últimas pláticas, y la oracion de Jesucristo antes de luchar con la muerte, atestiguan bastante cuánto los amaba á todos: los amaba con un amor divino.

Jesus profesó la amistad mas tierna y santa á San Juan, *el discípulo á quien amaba*. Fundábase aquella en el conocimiento íntimo de las cualidades puras, apreciables y santificadas del alma de este discípulo, que estaba adornado de las prendas mas nobles. La memoria de la amistad que tuvo el Hijo de Dios á San Juan, excita una alegría que enagena. Esta amistad no es infructuosa para nosotros, porque por ella santificó Jesucristo el vínculo de una amistad noble, de la misma manera que santificó la alianza del amor conyugal por su union con su Iglesia, que es su esposa. El Señor recomendó su Madre llena de gracia, á San Juan, su íntimo amigo, y la recomendó, segun la excelente observacion de San Juan Crisóstomo, desde el árbol de la

cruz, en el instante mismo en que una espada de dolor le traspasaba el alma.

Mas si San Pedro que alcanzó tan gran perdon, amó al Hijo de Dios aun mas que San Juan, no podemos dudar que el Hijo de Dios, que vuelve amor por amor (una vez que, segun San Agustin, recompensa sus propios dones en sus escogidos, cuyo amor hácia él es un beneficio de su amor), no podemos dudar, repito, que amaba á San Pedro aun mas que á San Juan. A San Pedro fué, segun nota San Juan Crisóstomo, á quien encomendó el gobierno de su Iglesia.

El amor que se tiene al Señor, es siempre humilde. Cuando Jesus preguntaba á San Pedro: ¿Me amas tú mas que estos? no se metió San Pedro á hacer comparaciones, sino que apeló al escudriñador de los corazones, que acababa de preguntarle y sabia cuál era su amor.

Cuando cerca de un año antes le hizo nuestro Señor la magnífica promesa de edificar su Iglesia sobre él, le habló en estos términos: *Dichoso tú, Simon, hijo de Jonás, &c.* Este modo de llamar á uno por su nombre, añadiendo el de su padre, era muy honorífico en los pueblos antiguos, como lo es aun hoy en ciertas naciones, y muchas veces se empleó tambien para dar solemnidad al discurso y al asunto.

La materia de la plática de Jesucristo era tan solemne esta vez, como la otra, porque entonces prometió á este discípulo lo que le concede ahora, la gran mision

de gobernar toda su Iglesia. En efecto, de la recomendacion tres veces repetida de apacentar su rebaño, resultaria claramente, aun cuando no tuviéramos ninguna noticia de la promesa anterior, que se concedió á San Pedro la supremacia de un modo particular y propio de él, mayormente cuando nuestro Señor le dice estas palabras á presencia de otros seis apóstoles, entre los cuales se hallaban Santiago y San Juan. De la misma manera, la supremacia de San Pedro sobre los otros apóstoles, se probaria por la promesa que se le hizo anteriormente, aun cuando no supiéramos que se le concedió en esta última circunstancia. Reunidas estas dos pruebas, tienen una fuerza invencible, y no comprendo cómo pueden eludirla nuestros hermanos separados de la Iglesia.

Muchos de ellos confiesan en efecto, que el Hijo de Dios habia elevado al apóstol San Pedro á una categoría superior á la de sus discípulos en el apostolado; y Grocio, tan franco como entendido y docto, le llama el príncipe de los apóstoles, *princeps apostolorum* (Hug. Grot. Annot. in N. T. ad Joan. XXI, 15). Pero en otro lugar probaré claramente, que la preeminencia y autoridad de que el Hijo de Dios invistió á San Pedro, no se concedieron solamente á éste, sino tambien á sus sucesores; y que desde los primeros tiempos reconocieron esta preeminencia todos los obispos sucesores de los apóstoles, en las tres partes del mundo, aun en vida de San Juan Evangelista.

Si nuestro Salvador dice que otro ceñirá á San Pedro y le llevará adonde no quiera, no por eso podemos pensar que este grande apóstol no hubiese consagrado su vida á la confesion de Jesucristo de todo corazon; pero el Salvador habla solo aquí del apego á la vida, y del temor natural del martirio, que es comun á todos los hombres, y que hace un mártir del confesor fiel de la verdad cuando sabe vencer aquel. San Juan se detiene con un amor notable, con una santa humildad, en la preferencia concedida por el Hijo de Dios á su amigo, y habla con la mas honorífica distincion de su martirio, con el cual *debía glorificar á Dios*.

“Volviéndose Pedro, vió detras á aquel discípulo á quien Jesus amaba, que se reclinó sobre su pecho en la cena, y dijo: Señor, ¿quién es el que te entregará? Habándole, pues, visto Pedro, dijo á Jesus: Señor, ¿y qué será de éste? Dícele Jesus: Quiero que permanezca así hasta que yo venga: ¿qué te importa á tí? Tú sígueme (*). Divulgóse, pues, la especie entre los hermanos,

(*) El Señor quiso mortificar la curiosidad de Pedro, y así le dice: ¿Qué te importa saber el fin y paradero de los otros, puesto que ya sabes el tuyo, que es el que te importa? Tú, sígueme, y haz lo que te he dicho. No te inquietes por esto, porque á tí nada te importa, *si yo quiero que permanezca así*, esto es, que no muera hasta que yo venga á llevármelo á mi gloria, por medio de una muerte natural. Otros entienden por esta venida, la ruina de Jerusalem, que es anunciada en el Evangelio, bajo el nombre de *venida* de Cristo (*Math.*, XVI, 28; y XXIV, 29, 30, 34); y en efecto, San Juan no murió sino cerca de treinta años despues de la ruina de Jerusalem. (Nota del Illmo. Scio al cap. XXI de San Juan).

de que aquel discípulo no moriria. Y no le dijo Jesus: No muere; sino: Quiero que permanezca así hasta que yo venga: ¿qué te importa á tí? (San Juan, XXI, 27 á 23).”

La pregunta de San Pedro era un tanto indiscreta, y nuestro Salvador no satisfizo su curiosidad. No debe extrañarse, que en virtud de la respuesta de Jesucristo, pensasen los discípulos que San Juan no moriria, porque el Hijo de Dios no los habia informado de la época de su segunda venida, y aun no se les habian dado en su plenitud las luces prometidas del Espíritu Santo. Pero lo que pasma es, que en todos los siglos que han trascurrido desde la muerte de San Juan, haya hallado defensores la opinion que él mismo combate, como acabamos de ver.

He aquí cómo termina su Evangelio inmediatamente despues de las palabras que hemos citado:

“Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió esto; y sabemos que su testimonio es verdadero. Mas hay tambien otras muchas cosas que hizo Jesus; y si se escribieran cada una de por sí, juzgo que ni en todo el mundo podrian caber los libros que hubieran de escribirse. (San Juan, XXI, 24 á 25).”